

Luis NUÑEZ Ladevéze

La gramática y el estilo en el periodismo científico

The aim of science is not that of replacing what is natural with artificiality, but rather of prolonging that which is natural in certain aspects, with the finality of greater efficacy or adequacy. It is recognized that the natural condition is usually preferable and more adequate, and science is an aid, not an end in itself. This applies equally to language, which can be "natural" (spontaneously learned and used in ordinary life) or "artificial" (rectified and contrived in a certain manner within specialized spheres). Scientific or technical language is usually of the latter kind, but its function should not be that of transforming the ordinary and natural way of expressing things in such a way that in the end obscurity is achieved, but rather that of prolonging natural language by adapting it to more complex situations, with the aim of explaining those situations in adequate terms. There should therefore not be any conflict between both forms of expression, but a fundamental accommodation. This applies equally to journalists writing on specialized matters, and implies both clarity and grammatical correctness within scientific language, far removed from false erudition, esoteric jargon and other incorrect uses of language.

Hay un relato, entre muchos de ese genial visionario, que se llamó Wells, que me ha dado mucho que pensar. Se llama "el hombre invisible". Siempre me fascinó el drama interior de aquel científico que, llevado por el nervio de su propia vocación, se inyecta una sustancia para pasar inadvertido entre la gente. Pero la adquisición de la invisibilidad tiene siniestras consecuencias para el protagonista de la trama. En su afán de aplicar la ciencia a sí mismo para superar las limitaciones de su condición natural y adquirir, a través de la ciencia, una naturaleza excepcional, acaba siendo víctima de su propia ambición intelectual,

* Este texto corresponde a la conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias de la Información dentro del curso *La Sociedad en la Información*.

de su propio descubrimiento. No se trata de una fábula moral, porque el científico no era bueno ni malo; se trata de una fábula fáustica, de una meditación parabólica sobre los límites de nuestro conocimiento y sobre el valor humano del saber científico. Los afanes de la vocación científica son difíciles de encauzar. Quien haya sentido a fondo la fascinación que produce la conciencia de haber visto por vez primera algo de lo que pueda presumir que es la única persona del mundo que lo ha visto, comprenderá a qué me refiero.

Lo que tiene interés de la fábula de Wells es que "el hombre invisible" dejó de ser "visible" para siempre. Modificó su naturaleza. En realidad, la ciencia no consigue nunca esos resultados. El fin del conocimiento científico no es alterar nuestra condición natural sino modificar las condiciones que la delimitan. Nadie puede cambiar su condición visible en invisible. Es posible que algún día se consiga la "invisibilidad", pero no la transformación de nuestra visibilidad natural en invisibilidad. Usamos microscopios y telescopios, incluso lentes de contacto, para prolongar el alcance de nuestra vista, pero no disponemos de ojos de recambio para sustituirlos con ventaja por los naturales. Ni nadie permitiría que su brazo o su mano o su dedo los sustituyeran por brazos, manos o dedos ortopédicos como ocurre en esas películas entre fantásticas y grotescas que tanto fascinan a mi hijo como inquietan a su padre. Una de ellas se llama *Robocop*. El protagonista pertenece a la fauna más exótica que pueda imaginarse, una expresión mítica de las inquietudes de nuestra época, tan distante de la edad clásica de la mitología, como lejana es la heroicidad de Hércules de la de este extraño ser que ha sustituido las poéticas alas del dios Mercurio por tornillos y tuercas todavía más horribles que los afeites con que Mary Shelley adornó a su monstruo

Frankenstein. Ya no mitad hombres y mitad dioses, como los arquetipos míticos, sino que, mitad hombres y mitad artilugios, estos héroes de la edad postmoderna no pueden amar y sufrir como los demás mortales, y en eso consiste su drama interior, pero pueden odiar y matar mejor que ningún otro, y de ahí que su poder de sugestión se base en la instintiva incitación de la voluntad de dominio del adolescente.

Espero, con todo, que no haya quien se sienta estimulado a emular las hazañas de estos andantes caballeros del futuro. La fantasía es tan exagerada, con respecto a las posibilidades y los límites actuales de la ciencia, que yo creo que no habrá nadie dispuesto a cambiar una muela sana por una muela artificial aunque los científicos le aseguren que la reemplazante es invulnerable a las picaduras. Algunas de mis alumnas me deslumbran, tal vez sea más acertado decir que me deslumbraban, porque la moda parece que ha remitido, con unas largas unas esbeltas y unas pestañas postizas casi inverosímiles, pero a ninguna se le ocurrió sustituir, que yo sepa, las unas y las pestañas naturales por las postizas.

Se preguntarán que qué tiene que ver esto con el lenguaje en el periodismo científico. Pero tiene que ver mucho más de lo que, a primera vista, parece. De momento, me basta con que comprendan que la ciencia no tiene como fin sustituir lo natural por lo artificial, sino prolongar lo natural mediante lo artificial, y siempre en aspectos muy concretos. La ciencia proyecta nuestra capacidad natural para hacerla más eficaz en algunos fines y propósitos particulares. Hoy por hoy podemos estar seguros de que, por mucho que avancen nuestros conocimientos científicos y la especialización del saber, por mucho que se acumule el artificio técnico, la tecnología tendrá siempre como sustrato un mundo natural previo del que formamos parte. Somos seres naturales y la ciencia no puede convertirnos, afortunadamente, en personajes extraños de la "isla del doctor Moreau" ni en "hombres invisibles". Afortunadamente, las preocupaciones de Wells eran fabulosas en el sentido más estricto de la expresión.

Sin embargo, no estaba descaminado el gran escritor. Muchos no comprenden – porque no se han detenido a pensarlo – cuántas consecuencias se derivan del reconocimiento de que, en su esencia inalterable, el hombre es un ser natural, un ser que pertenece a la naturaleza. La más importante de estas consecuencias que se derivan del reconocimiento de la propia condición natural es la de que la propia naturaleza se convierte, aunque a veces se empeñen muchos en ignorarlo, en norma originaria de lo que es mejor, lo más adecuado y lo preferible. Durante la época moderna han sido muchos los filósofos y los científicos que se han equivocado sobre este particular, exagerando o contraponiendo el valor de la ciencia al valor de lo naturalmente humano. Recientemente las cosas han cambiado bastante. La preocupación ecológica tiene el profundo valor de que nos devuelve, como si se tratara de algo nuevo aunque tiene un arraigo profundo, el sentimiento de que lo natural no sólo tiene un valor por sí mismo, sino que es el supuesto normativo a partir del cual podemos juzgar la aceptación de los demás valores. Todo progreso técnico tiene sentido por su referencia intrínseca al valor de la naturaleza humana subyacente. Si perdemos esa referencia a lo natural dejamos de tocar pie en el suelo en que se ha de apoyar el criterio con que hemos de medir el valor del descubrimiento. El ecologismo actual incluye un reencuentro sentimental con la naturaleza, pero no es plenamente consciente de sus propios fundamentos, porque muchos de quienes lo predicán no consienten en radicalizar su propio ecologismo y se limitan a circunscribirlo a ámbitos muy reducidos, generalmente delimitados por – o subordinados a – intereses ideológicos deformadores.

Lo cierto es que aceptamos, aun cuando no lo queramos reconocer, la validez de los datos que nos proporcionan nuestros sentidos en mucha mayor medida de lo que las ensoñaciones de nuestros predecesores ilustrados, paseantes solitarios y visionarios, supusieron. Pero no sólo los aceptamos

sino que, además, esa aceptación es el patrón que nos permite comprender el alcance del progreso, y no porque no podamos evitarla sino porque la propia actitud científica la presupone hasta el punto de que dejaría de tener sentido si dejáramos de aceptar esa presupuesta relación. Los científicos no necesitan concebir su actividad como rectificación de lo que percibimos por nuestros sentidos. Basta que piensen que las aplicaciones tecnológicas son una mera prolongación de ciertos aspectos de nuestra capacidad natural de percibir. McLuhan decía, con razón, que los medios de comunicación e informáticos son como "extensiones de nuestro sistema nervioso central", Creo que esta idea está bastante bien vista. Es algo más que una metáfora. Los adelantos técnicos, los artilugios, son, además, prolongaciones específicas, en cuyo aumento de eficacia siempre hay una restricción de nuestra propia capacidad natural. Si miramos por el microscopio no podemos ver las cosas que necesitamos ver en la vida corriente, que es la vida natural, la que realmente nos importa. Vemos a través del telescopio lo que no vemos con nuestros ojos de modo directo. Pero no estamos dispuestos a transformar nuestros ojos, ni siquiera temporalmente, en microscopios ni en telescopios como ocurre a los desventurados protagonistas de Wells.

Así, pues, nuestra explicación científica de las cosas no contradice sino que agudiza, sólo en aspectos determinados y relativos, nuestra aceptación natural del mundo. Porque, aunque reflexionemos para comprender que cuando vemos un palo quebrado a través del agua, esa percepción del palo quebrado es un mero efecto óptico que no impide que el palo esté tan recto como antes de verlo quebrado a través de la superficie cristalina, nuestra reflexión toma como punto de partida la aceptación de lo que vemos. Sabemos que el palo está recto porque lo hemos visto antes, igual que sabemos que la tierra es redonda porque, a base de prolongar artificialmente nuestros sentidos, es nuestro sentido natural el que, a la postre, acaba percatándose de la redondez, La aceptación de que la tierra es plana tiene un valor natural para lo que necesitamos saber en circunstancias en que nos daría igual que la tierra sea plana o redonda. Y lo mismo podemos decir acerca del formidable descubrimiento de Copérnico de que el sol no es un astro que gira alrededor de la tierra sino la tierra un astro que gira..., bueno, hoy cualquiera sabe qué es lo que hacen el sol y la tierra, si giran, se expanden o están fijos en un espacio en el que la noción de movimiento no se sabe a ciencia cierta qué significado tiene.

Se preguntarán, de nuevo, y ahora con más impaciencia, que qué tiene esto que ver con el tema del que quiero tratar, el lenguaje científico. Vayamos al asunto, pues. Mi punto de vista es que el lenguaje científico es al lenguaje cotidiano lo que el conocimiento científico es a la condición natural. Cualquier lengua materna es "natural" en sentido muy similar a como se dice que nuestro cuerpo, aquél en el que figura nuestro sistema nervioso, es "natural". Por eso, podemos decir que tenemos naturalmente una "lengua materna". Fíjense qué palabra usan, desde hace ya mucho tiempo, los lingüistas para referirse a la lengua que utilizamos de modo espontáneo para comunicarnos socialmente: la llaman "natural" o "materna". Esa connotación metafórica tiene un profundo sentido, pues, de hecho, aprendemos a hablar de un modo tan natural y espontáneo como aprendemos a andar o como instintivamente mamamos la leche de nuestra madre. No del mismo modo como aprendemos matemáticas, lógica, botánica o lingüística, Tampoco del mismo modo artificial como aprendemos a andar en bicicleta, a conducir una moto o a circular en automóvil. Ni siquiera como aprendemos a escribir. La escritura ya es, en sí misma, un artilugio, una extensión artificial de nuestro sistema nervioso natural, un mecanismo o una técnica cuyo dominio no puede asegurarse sin un aprendizaje artificial y, en cierto modo, reflexivo. Pero no aprendemos reflexivamente la lengua cuando la aprendemos, es decir, la mamamos, desde niños.

Podemos distinguir, por tanto, entre dos zonas del lenguaje. La que aprendemos de modo espontáneo, la natural; y la que aprendemos de modo artificial, como prolongación de la anterior. Hay, pues, *un lenguaje que es extensión o prolongación, pero no rectificación ni transformación,*

de la lengua que usamos en nuestro mundo común o cotidiano, un lenguaje que denominamos "lenguaje científico" o "lenguaje especializado", y cuya función no es transformar ni desmentir nuestro modo cotidiano o natural de hablar sino prolongarlo o adaptarlo a situaciones más complejas que las cotidianas. Nuestro lenguaje especializado permite que, sobre la base del lenguaje natural en que descansa, veamos, más detenidamente, aspectos de las cosas que no podríamos designar con las meras herramientas que nos proporciona el uso común de la lengua.

En esta relación me parece que se halla la norma más adecuada para el uso del lenguaje especializado. Desde mi punto de vista, lo que tiene interés es que haya una adecuación fundamental, y no un conflicto, entre el modo natural de hablar y los modos especializados. Si no hubiera continuidad entre uno y otros modos de expresarse, entre el lenguaje común y los lenguajes técnicos, se produciría una ruptura social, una fragmentación en los procesos de comunicación sin los que no podría sustentarse la solidaridad colectiva. No hay, creo yo, posibilidad de que se produzca una escisión tajante, pero sí es posible que aumente o disminuya relativamente. Cuanto mayor sea la desvinculación entre esas formas familiares, corrientes y cotidianas del hablar y las específicas de los lenguajes técnicos y científicos, más lejos estará la ciencia de cumplir con una función social común y de representar los intereses solidariamente compartidos por los miembros de la sociedad. El lenguaje técnico acabaría siendo una especie de instrumento de grupo, casi tribal, que usarían los especialistas y técnicos para tratar asuntos que sólo correspondería a ellos tratar, un lenguaje incomunicado con el común y, en consecuencia, desvinculado de la corriente de comunicación que relaciona y socializa los productos humanos. En cierto modo, esto se ha producido en alguna medida; y también en alguna medida es inevitable que se haya producido. Pero hay que distinguir, precisamente por eso, el ámbito de lo que es inevitable de lo que es evitable y se puede y sería conveniente evitar. Es un asunto que ha ocupado en parte a los lingüistas, aunque no tanto como debiera. Conviene no olvidar, además, que los lingüistas pertenecen a la especie de los especialistas y que, como ocurre con todo este gremio, en el que burocráticamente nos hallamos instalados todos cuantos tenemos como función específica investigar, además de enseñar, somos los menos indicados para detectar la paja en el ojo ajeno pues llevamos la viga colgando sobre el propio ojo.

Por eso, suelo utilizar, como elemento de persuasión cuando me toca hablar de este asunto entre profesionales o especialistas, los comentarios de algunos pensadores excepcionales dedicados, concretamente, al estudio de la metodología científica. En esta ocasión me limitaré a Popper. Este gran filósofo, capaz de discutir con Einstein y Bohr sobre física cuántica, con Carnap y Tarski sobre lógica matemática y autor de una importantísima contribución a la teoría de la ciencia, insiste constantemente en que "la búsqueda de la verdad sólo es posible si hablamos sencilla y claramente, evitando complicaciones y tecnicismos innecesarios. Para mí – dice –, buscar la sencillez y lucidez es un deber moral de todos los intelectuales: la falta de claridad es un pecado y la presunción un crimen". Este testimonio no es una excepción, sino la regla. Sus juicios son los menos sospechosos porque proceden de quienes no sólo comparten las preocupaciones de quienes investigan ese mundo esotérico, sino que lo han investigado también ellos mismos, ese mundo reservado y particular de la especialización y de la ciencia; y lo han estudiado en su nivel más elevado y abstracto, en el de la metateoría científica o el de la filosofía de la ciencia. Digo que son los menos sospechosos porque corre entre los especialistas la especie, completamente infundada, de que el lenguaje especializado se justifica precisamente por su objeto, y que no hay otro modo de referirse a las cosas técnicas que el que se deriva del uso de esa terminología y esos modos expresivos que producen los técnicos. Claro está que hay algo de verdad en esto. Pero aquí, como siempre, el problema reside en deslindar con claridad la zona en que una afirmación tiene valor de aquella otra en que deja de tenerlo. Así, pues, hay necesidad de usar una terminología propia, específica, con fines científicos y para profundizar en la especialización del saber. Pero esta necesidad tiene un

límite que no se debería traspasar y que, sin embargo, se traspasa con más frecuencia de la necesaria. Cuál es ese límite y por qué se traspasa es lo que trataremos de aclarar en lo que nos queda de exposición.

Entiendo que se comprenderá más claramente dónde se encuentra el límite si se acepta la siguiente precisión. El ámbito de la especialización y de la tecnificación no transforma a quienes se ocupan de ello de personas visibles en invisibles, como le ocurre al personaje de Wells. Quiero decir que los especialistas y técnicos se apartan de ese límite en la medida en que, por enfatizar su condición especializada, pierdan en algún ápice su condición natural. El hombre invisible no hubiera tenido problema alguno si hubiera usado su invisibilidad para ser más visible, es decir, si su invisibilidad hubiera sido un medio para ganar en visibilidad en lugar de alejarse de ella. *El hombre invisible* dejó de ser *visible*, y en eso consistió su drama, pero el científico no debe dejar de ser hombre corriente (aunque poder dejar de serlo, está, en alguna medida, a su alcance) ni su vida como científico debe dejar de integrarse en la vida social común, incluso cuando habla como científico. Nada menos presuntuoso e inaceptable que esa apelación de Schopenhauer de que "la objetividad reside en el genio". De hecho, todos participamos en alguna actividad específica, especializada, tecnificada, una actividad que es producida por la extensión artificiosa de nuestra naturaleza. Con esto quiero decir que la necesidad de que el lenguaje de los técnicos y de los especialistas se integre en la corriente circulatoria del lenguaje cotidiano o natural no es producto de un deseo particular de quienes quedan fuera de los lenguajes técnicos, sino que responde, y debería responder, aunque no siempre es así, a los intereses del especialista, del científico y del técnico en cuanto que ellos mismos no son más que personas sociales y no seres de otra galaxia, genios schopenhauerianos que hubiesen traspasado fáusticamente la frontera que separa la visibilidad de la invisibilidad.

Con esto quiero anticiparme al argumento que más frecuentemente he visto usado a la defensiva por los técnicos cuando se les reprocha la jerga que usan. Ellos suelen decir que en su ámbito se entienden perfectamente con la jerga que utilizan, lo cual suele ser verdad. Pero no hay ningún lenguaje ni ninguna extensión del lenguaje que esté prevista para que se use en un ámbito. Limitarse a un ámbito es reducir la eficacia comunicativa en los demás ámbitos y eso es lo que luego les preocupa a los científicos y a los burócratas: su incapacidad para hacerse entender por quienes no lo son. Si eso es lo que les preocupa, entonces hay que prescindir del argumento de que la jerga que utilizan es eficaz en su ámbito. Porque esa es, exactamente, la razón por la que no son entendidos fuera de él.

Pienso en gentes como en los informáticos, en los ingenieros, en los economistas y, en especial, en los periodistas que no saben dirigirse a los demás en un lenguaje accesible y llano, un lenguaje – aunque les pueda resultar extraño que ahora use esta palabra – literario. Lo que los informáticos, los ingenieros y los economistas aborrecen – cuando se quejan de que no se les entiende, de que no consiguen su propósito comunicativo, de que sus mensajes no llegan a cumplir su objetivo persuasorio – es su jerga particular. Habrán observado lo paradójico que resulta contar con un artefacto tecnológico tan importante y útil como un ordenador, cuyo uso requiere del conocimiento de unas reglas que se exponen en lo que se denomina un *Manual de consulta para el usuario*, si resulta que ese Manual está escrito en un lenguaje ininteligible excepto para quienes lo han escrito, un lenguaje que avanza y se impone sin acierto alguno y, sobre todo, sin consideración hacia el lector. Una nueva terminología, inventada sin ton ni son, nos suministra estrambóticas deformaciones verbales como "inicializar" un disco flexible o "formatearlo". La palabra "disco" está bien. La palabra "flexible" puede valer, entre otras. Pero las palabras "inicializar" y "formatear", ¿qué ventaja aportan? Es inevitable que quien vea por vez primera estas palabras se sienta desconcertado. Si en lugar de decir "inicializar" o "formatear" se dijera "preparar" o "adaptar" nadie se extrañaría e incluso quien no sepa nada de discos interpretaría sin esfuerzo que

un disco que se usa por vez primera debiera "prepararse" antes de usarlo. Se comprendería fácilmente así lo que, con las palabras "inicializar" y "formatear", se convierte en algo complicado y extravagante. Mucha gente se cree más tonta de lo que es porque quienes redactan esos manuales no son lo suficientemente listos como para expresarse en un lenguaje sencillo y correcto, literario y normal.

Por ejemplo, yo no veo qué ventaja ofrece que un *Manual de consulta* de un ordenador diga "el formato de listado también permite seleccionar ítems en diferentes carpetas", porque la palabra "ítem" no significa aquí otra cosa que "documento"; o "haga bajar el menú Listado y arrastre para seleccionar una de las visualizaciones disponibles". Es decir, yo como persona normal, no sé qué significa "formato de listado" ni qué es un "ítem" ni cómo se puede "seleccionar una de las visualizaciones" ni a qué ha de llamarse "menú", porque para mí "menú" es una cosa muy distinta de la indigerible "lista" de palabras que el autor del manual pretende, nada más y nada menos, que *visualice*. Sé muy bien que un informático me diría que "menú" se ha convertido, a través de su uso en informática, en una palabra corriente. Es cierto. Y el DRAE ha recogido esta nueva acepción informática de la palabra "menú". Pero eso no quita que el esfuerzo que ha costado vulgarizar esa palabra haya sido superfluo y estúpido, porque la palabra "menú" así entendida se debe a una mala traducción de lo que debió traducirse por "tabla", "lista" o "cuadro". Y un lector castellano al que se le escribiera "baje la lista titulada 'listado' y seleccione en ella lo que le interese" queda mejor informado que si se le dice: "haga bajar el menú Listado y arrastre para seleccionar una de las visualizaciones disponibles". En consecuencia, es cierto y no discuto que en informática se dice "menú" e "ítem" lo que en el lenguaje corriente llamaríamos "lista" y "documento", pero el problema surge de que sólo se dice así en informática, y esa es la razón por la cual un *Manual de consulta* no sirve adecuadamente al fin que se propone, que es, exactamente, el que pueda ser consultado por quienes no están familiarizados con el objeto que se consulta. Es como si en el "restaurante" leemos "programa de platos" en lugar de "menú". Somos libres de hacerlo porque nadie nos puede impedir que usemos el lenguaje como queramos. Pero, si seguimos ese camino, no favoreceremos la comprensión. Son muchos, sin embargo, quienes se empeñan en seguir ese camino y luego se quejan de que no les comprendan. Esta es la cuestión. Los informáticos han conseguido incorporar a la lengua un nuevo significado para esta palabra. Pero, ¿la han enriquecido? Hubiera sido una aportación si no hubiera habido otras más adecuadas para expresar esa idea. ¿Ha sido un triunfo? En todo caso la sociedad ha tenido que pagar un precio innecesario por ello.

El que los técnicos – en la materia que sea – se vean necesitados de recurrir a una jerga particular es un primer problema con que se tropieza a la hora de comunicarse socialmente. Pero como, además de un problema, es una necesidad, requiere una solución adecuada. Yo creo que, como regla genérica, la que sigue puede valer: *hay que acudir a una terminología particular cuanto sea necesario, pero no mas*; tanto como para poder servirnos de esa jerga especializada para los fines específicos de la especialización, pero sin que la satisfacción de esas necesidades suponga interrumpir o quebrar los vínculos que unen lo particular o específico con lo social o común. Si se produce esa fragmentación, la terminología específica acaba degenerando en jerga de grupo. Una jerga de grupo no es lo mismo que el uso de una terminología adecuada para un fin concreto. Porque la terminología no es más que la extensión vinculada a la lengua natural o cotidiana de esta misma lengua, su aplicación a un espacio delimitado de la experiencia. Pero esta terminología se convierte en una jerga de grupo, fuera del control social, cuando produce formas expresivas superfluas o innecesarias que sustituyen a las formas naturales o corrientes del habla, en sí mismas más expresivas por más familiares, y más fáciles por más comunes. Entonces, se crea, junto a la jerga, una sintaxis peculiar, un modo especial de hablar que no es el que usamos en la vida corriente, pero que avanza amenazadoramente y se proyecta sobre los usos colectivos,

corrompiendo el sentido común.

Esto ocurre con mucha frecuencia en las manifestaciones expresivas de grupos específicos, principalmente en las formas elusivas del lenguaje de la dominación social, el curialesco, el sindical, el profesoral, el político, el burocrático. Formas, digo, elusivas, cuando no enmascaradoras, porque recurren a giros vacíos y huecos para aparentar que responden a las preguntas de los dominados cuando, en realidad, enmascaran, encubren o eluden retóricamente la respuesta aparentando o simulando que se responde la pregunta. Ya advirtió Ortega que el lenguaje puede usarse como instrumento para la comunicación tanto como para la incomunicación. E insisto en este aspecto porque es esencial. El lenguaje especializado goza, naturalmente, de prestigio, ya que su uso invita a pensar que la persona que lo utiliza posee elevados conocimientos sobre la materia específica a que se aplica el lenguaje. Pero no siempre que se usa el lenguaje específico se usa adecuadamente para la función que lo justifica. Y cuando eso ocurre se produce un enmascaramiento o una simulación. En una parte se trata de aparentar que se sabe de lo que no se sabe, como hacen los políticos, En la otra parte restante, se trata de que no se dominan los recursos del lenguaje lo suficiente como para expresarse con la claridad y sencillez suficientes como para que nos entiendan los destinatarios de la información, como suele ocurrir con los profesionales y los especialistas.

Voy a poner algunos ejemplos para que se comprenda lo que quiero decir. En nuestra vida familiar no nos acercamos a nuestra novia y le decimos: "tengo la percepción de que me quieres". En general, la gente no va por ahí diciendo "tengo la percepción de..." algo, lo que sea. La gente no tiene cosas tan raras como "percepciones". Para tener "percepción de algo" hay que ser, por lo menos, diputado, senador o enlace sindical. Ni nadie dice a un amigo cuando habla de política: "está *sobredimensionándose* el problema del *posicionamiento* del electorado". Para "sobredimensionar un problema" hay que ser cuando menos profesor de sociología. Nuestros amigos no van "posicionándose" en la vida, porque en nuestra sociedad solamente están capacitados para "posicionarse" de secretario de Estado para arriba. Si a nuestra madre le decimos que "la *ratio profesor alumno* es demasiado alta en la universidad", nos dirá con razón que ella no es ministra de bienestar social para que le hablemos de esa forma tan rara. Y hay que ser, por lo menos, director general para ir por ahí diciendo que "la oposición va imprimiendo estrategias dilatorias". Yo les sugiero a ustedes que pongan en práctica esas cosas que dicen los políticos, los altos funcionarios sindicales o los burócratas para que comprendan el sinsentido de tantas cosas como dicen. Pongámonos en situación y hagamos 'el esfuerzo: vamos juntos-a "imprimir una estrategia dilatoria"; procuremos "no sobredimensionar el problema del posicionamiento"; intentemos "tener una percepción de la situación universitaria". Pero, ¿por qué decir esto así de forma tan rara? ¿Que necesidad hay de "valorar positiva o negativamente" cualquier cosa que se someta a nuestro juicio, cuando podemos responder que estamos o no de acuerdo, que nos gusta o no nos gusta? ¿Por qué el empeño de los periodistas en asegurar que "la *práctica totalidad* de los diputados están ausentes de la sesión"? Si ya sabemos que se ausentan "casi todos" porque las sesiones sirven de muy poco, ¿qué ventaja hay en decir que se ausenta "la *práctica totalidad*"?

Todos estos son ejemplos de falta de claridad – de falta de naturalidad, más exactamente –, en el uso del lenguaje. En algunos casos porque se cree que al adoptar estos estrambóticos giros se sirve mejor a los fines específicos de la función social que se cumple, aunque, en realidad, esa creencia está infundada; y lo está no por falta de "percepción" de esa función – como se diría, de utilizar la jerga corriente –, sino por falta de criterio sobre cómo ha de adecuarse el lenguaje a su función. Preguntaba Eugenio d'Ors a su secretaria si entendía lo que estaba dictándole para que se lo escribiera a máquina. Y como ella le dijese que sí lo entendía, respondió el escritor: "pues oscurezcámoslo". En el caso de Eugenio d'Ors no había problema, Un escritor de sus facultades

puede permitirse cualquier lujo, incluso el tan desusado de oscurecerse a sí mismo por escribir con demasiada claridad. Pero eso no es lo frecuente. Lo normal es que sea muy difícil que se pueda oscurecer lo que de suyo ya es tan oscuro que apenas si puede entenderse. Y esa oscuridad procede de que *todo lenguaje ha de cumplir simultáneamente con dos funciones, la función social común de servir de instrumento de comunicación a todos los hablantes de la lengua y la función específica de expresar diferencialmente la información específica* de que sólo algunos disponen. El problema consiste en conciliar ambos intereses aparentemente contrapuestos en lugar de contribuir a aumentar la contraposición de esos intereses cuando lo cierto es que pueden conciliarse. Pero es más difícil lo segundo que lo primero, es más difícil expresar con claridad lo particular que expresarlo oscuramente, es más difícil ser común en lo específico que ser específico en lo común. Por eso, lo corriente es que propendamos a esforzarnos lo mínimo, es decir, a expresarnos de manera particular y no del modo más común, a no facilitar la comprensión. Porque la comprensión es un resultado de la claridad expresiva, y la claridad, como toda virtud, no es algo que se nos regale sino que requiere esfuerzo, *ascesis*. La falta de habilidad expresiva se manifiesta en nuestra incapacidad para desembarazarnos de la terminología propia cuando no es necesaria, en no saber prescindir del exceso de información lingüística cuando esa sobrecarga es inútil para nuestro fin. Son muy pocos los que necesitan secundar la recomendación dorsiana de disfrazar artificialmente su pensamiento porque ya escriben lo suficientemente oscuro directamente, sin necesidad de proponérselo, porque no saben unir esas dos funciones en cierto modo discordantes: la de servir a los propósitos específicos de la especialización científico técnica con un lenguaje común que permita la comprensión de quienes no son científicos ni técnicos. En conseguir esa armonía consiste la comunicación, es decir, el uso transparente y claro del lenguaje.

Esa discordancia funcional se advierte en el lenguaje de los técnicos y funcionarios. Su problema consiste en no saber cómo desembarazarse de eso que he llamado sintaxis jergal. Por un lado, pretenden ser rigurosos, precisos, exactos; por otro, sólo consiguen ser artificiosos, complicados y herméticos. Veamos un ejemplo:

"El objeto de la nueva sociedad es el de ofrecer a sus clientes un servicio integrado de la máxima calidad en el área de la formación para profesionales de empresas y otras instituciones, dotándolas de la preparación necesaria para mejorar su eficacia y consecuentemente incrementar la competitividad de sus empresas".

Obsérvese qué giros más estereotipados, casi fosilizados, en los que la fluidez ha casi desaparecido a causa de la incapacidad para encontrar una expresión ágil y sencilla, *"El objeto de la nueva sociedad es el de ofrecer..."*. Y ¿qué es lo que ofrece "la nueva sociedad"? Ofrece una cosa rarísima: *"un servicio integrado de la máxima calidad en el área de la formación..."* Después viene ese gerundio horrible, *"dotándolas"*, y, además, ambiguo, porque debería "dotar de la preparación necesaria" a los profesionales y no a las empresas, o ¿tal vez sean las empresas las que requieran la *"preparación"* en lugar de sus profesionales?, pero, en este caso, ¿cómo "incrementar la competitividad de sus empresas"? Lo que yo me pregunto es si no habría forma de decir esto mismo de una manera menos arisca, más sencilla, menos turbulenta, más sosegada. He comprobado con tests expuestos a mis estudiantes que se entendería mejor de este modo:

"Para mejorar la eficacia en la gestión y aumentar la competitividad de las empresas es indispensable renovar la formación de los profesionales que trabajan en ellas. Nuestra nueva sociedad se propone como fin cooperar con otras empresas e instituciones en la formación de su personal técnico y cualificado".

Este problema de la necesidad de conciliar la función social del lenguaje, en cuanto instrumento

común de comunicación de todos cuantos lo hablan, con la función particular de una práctica lingüística concreta, que ha de recurrir a una terminología propia para avanzar en su fin específico, ofusca, todavía más que a los propios especialistas y técnicos, a aquellos profesionales a los que ha correspondido ejercer una función social intermediaria entre las profesiones especializadas y la función social común; es decir, a aquellos profesionales a los que, como el traductor, el publicitario, el periodista y, en general, lo que se suele llamar el *comunicador*, corresponde principalmente la tarea de difundir en la sociedad el conocimiento específico aportado por los especialistas, los científicos y los técnicos. La verdad es que, escuchando o leyendo a nuestros comunicadores profesionales, uno se asombra, a veces, de que consigan comunicar algo. La dificultad principal procede de la falta de formación humanística integradora y de soltura literaria que les permitan independizarse de las formas expresivas de los técnicos. Ya he dicho antes que la terminología tiene como función transmitir un conocimiento específico, una información reservada a pocos y, por definición, no compartida por todos los miembros de la comunidad hablante. Ésa es su función, pero como se expresa lingüísticamente también tiene una función *expresiva*, transmite información sobre la clase de persona que la usa. El uso de una palabra técnica expresa que la persona que la usa es un técnico. Pero el uso de una palabra está al alcance de cualquiera, porque como palabra es un instrumento común que pertenece a todos. Quiero decir con esto que se puede usar muy poco técnicamente una palabra técnica, incluso aunque la use un técnico. No hay ninguna garantía de que la persona que se sirve de un tecnicismo esté necesitándolo. Por esta razón, el lingüista Bloomfield dijo que "en la pseudociencia se imitan los aspectos difíciles, pero no los ventajosos" del lenguaje científico. Siempre podemos estar haciendo pseudociencia, aparentando que aplicamos pero no aplicando de verdad el término a su objeto. La mayor garantía de que hacemos ciencia y no retórica científica está en que *usemos el lenguaje común tanto como sea posible y la terminología académica sólo en lo que sea necesario*. Pero como mucha gente es ignorante, entre ignorantes es muy fácil parecer que se es un sabio si simplemente se imita el modo de hablar de los científicos sirviéndonos artificialmente de su terminología. Que nos sirvamos de ella no quiere decir que la comprendamos, pero puede deslumbrar al que todavía la comprende peor que nosotros. Y esto pasa con los periodistas con demasiada frecuencia. Es "el lado oscuro de la fuerza", una expresión típica de lenguaje pseudocientífico que tiene valor expresivo en un guión de película con el que no se engaña a nadie. Pero muchos hablan como si efectivamente dijeran algo cuando se refieren "al lado oscuro de la fuerza"; se trata del reverso del "oscurezcámoslo" dorsiano.

Esto ocurre a los periodistas cuando en lugar de servir a su función, que es la de contribuir a que el mensaje pueda ser comprendido del modo más rápido y fácil por los destinatarios, adoptan la solución más fácil para ellos, que es la más difícil para los demás, y se limitan a aceptar pasivamente los modos expresivos que adoptan los emisores para comunicarse dentro de su grupo sin pensar en las dificultades interpretativas de los destinatarios. Ése es el principal problema de la comunicación, porque el destinatario social de un mensaje no es, por definición, el grupo en que se produce – comunicarse dentro del grupo no es comunicarse socialmente –, es decir, el acceso a la comunicación no se plantea problemáticamente *dentro del grupo* sino que es problemático para los que están fuera. Comunicarse es salir de dentro hacia fuera, y *el objeto de la comunicación no es que nos comprendan quienes no tienen dificultad en comprendernos sino que puedan comprendemos los extraños o los ajenos, los que no pertenecen al entorno particular del emisor*. Los periodistas que no tienen en cuenta que precisamente ésa es su tarea, desatienden su propia función. Por esta razón pasa a la prensa el modo de escribir inexpresivo, inapropiado y muchas veces inhumano, de los especialistas. Lo peor del caso es que también los periodistas, los informadores, se hacen eco del argumento de los especialistas, de "es así como se dice en mi especialidad". Pues si es así como se dice no se queje de que no le comprendan. Y si lo que quiere es que le comprendan empiece por decirlo de otra manera. No a su modo, sino al modo común.

Tenía mucha razón el filósofo Berkeley cuando advirtió que "debemos pensar como sabios pero hablar como ignorantes", A la hora de la verdad, los más sabios son los que saben hablar mejor a los más ignorantes. Los grandes especialistas escriben para que los comprendan los ignorantes. Sólo los pequeños especialistas escriben como lo que son, como especialistas.

Son los periodistas los que, con más frecuencia, recurren al manido y simplificador argumento, porque contiene un elemento mal digerido de verdad, de que el lenguaje es, en sí mismo, renovación y cambio, adaptación a circunstancias nuevas. Esto es cierto, pero sólo en la medida en que la circunstancia sea ciertamente nueva y no haya una palabra vieja para designarla, cosa mucho menos frecuente de lo que la gente se cree. Pero lo más peligroso del argumento es que quienes lo arguyen creen que están liberando a la sociedad del purismo académico cuando hacen precisamente lo contrario: contribuir a que la sociedad pueda ser manipulada por el enmascaramiento pseudocientífico, que es muy diferente. Son los más peligrosos porque se creen servidores de precisamente lo que contribuyen a estropear: el uso común de la lengua, la democratización del lenguaje. Son ellos, no los demás, los que nos obligan a interpretar que cuando hablan de "la cúpula del Vaticano" no se refieren a una obra arquitectónica de Miguel Ángel sino al Sacro Colegio Cardenalicio. Con esa caprichosa deformación de los significados, la frase "la cúpula vaticanista se reunió bajo la cúpula del Vaticano" deja de ser una tautología, y si se dice que "los ministros de Exteriores de la Comunidad se reunieron en la alta cumbre suiza" no hay que entender que se fueron de excursión a los Alpes sino que celebraron una sesión de debate en Ginebra. Caprichos de la ignorancia tenida de presunción. Ya no hay otro modo de referirse a una reunión de gente importante que decir que se ha reunido "la cúpula". En mis tiempos de periodista los sindicatos se reunían en los sótanos de las iglesias, pero se ve que con el mercado libre de la democracia han prosperado tanto que ya sólo admiten "la cúpula", no como lugar sino como método de reunión. Tampoco hay modo de decir que un tren va a "gran velocidad" porque ahora las velocidades sólo aumentan con la altura, y los trenes corren tanto que ya no van a gran velocidad sino a una velocidad tan alta tan alta que, cuando se leen aquellos versos en que San Juan de la Cruz exclama "volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance", uno piensa si no iba de Madrid a Sevilla en el TAV.

En otros casos se producen enmascaramientos, como cuando se habla de los "servicios de inteligencia del Estado". ¿Qué es un "servicio de *inteligencia*"? ¿Es que el traductor no se dio cuenta de que "intelligence" significa, en inglés, "información"? No, no se dio cuenta. ¿Habremos de pensar a partir de ahora que los servidores de esos servicios son más inteligentes que los servidores del resto? Esto no es enriquecer el lenguaje, sino estropearlo. Como cuando los billetes de avión aseguran que vamos a hacer un "vuelo doméstico". ¿Acaso estamos en un corral?

Lo que me interesa señalar es que ese no es el modo común de hablar sino el modo que algunos se empeñan de imponer al común para que hable, que es muy distinto.

Terminaré hablando de gramática. Algunos creen, o hablan y escriben como si lo creyeran, que la gramática es el producto del afán purista de académicos y de lingüistas. Se equivocan, si lo creen, en algo muy profundo. La gramática es la norma que resulta de la interacción lingüística, resultado de las opuestas tendencias de los hablantes, de los factores disgregadores, integradores, renovadores y creativos, en cuanto todos ellos actúan a través del uso lingüístico. Un elemento es creativo, innovador y progresivo cuando simultáneamente sirve a la función común de la comunicación y a la de la designación específica; pero cuando un elemento se usa sólo de un modo particular, entonces se lo desvincula de la corriente normalizadora del lenguaje que no es un instrumento para uso particular sino el medio común de comprensión de todos los hablantes, un utensilio que ha de servir simultáneamente para expresar lo más fácil y lo más difícil, lo más

general y lo más personal. De aquí que la norma gramatical sea la misma para lo fácil que para lo difícil, para lo general como para lo especial, la misma para el sabio que para el ignorante, como acertadamente anticipó el obispo Berkeley.

La gramática no es, pues, un capricho, sino la norma de cuya aplicación emana la claridad para todo texto imaginable porque es el único recurso de que disponemos, como redactores, para encauzar nuestra tarea de escribir a fin de aliviar a la comunidad de intérpretes del esfuerzo que tiene que realizar para comprender lo escrito. La gramática es, por tanto, el método que, surgido por la interacción, expresa el modo más racional de ser coherentes en el uso lingüístico. Gramática es racionalidad lingüística socialmente regulada por la interacción de los hablantes. El modo de aportar la máxima información con el mínimo coste de trabajo interpretativo para el mayor número. Si la elaboración de un mensaje, un párrafo, un texto, supone un trabajo, un gasto de energía, por parte de quien lo elabora, también la comprensión de un mensaje supone siempre un trabajo por parte de quien trata de comprenderlo. Hay muchos grados de claridad, de redundancia y de aportación informativa, Pero hay una zona en la que se produce el equilibrio ideal entre exigencias múltiples y contrapuestas; esa zona está delimitada por las normas de la gramática, Su cumplimiento es lo que nos asegura que un mensaje pueda comprenderse del modo más fácil sin pérdida de densidad informativa. Es algo fundamental, que no debe olvidarse, el que la función de la gramática no sea simplificar el mensaje, sino evitar el esfuerzo del intérprete cuando trata de comprender lo más difícil – por eso es necesario un léxico especializado, porque la especialización aporta la densidad informativa que el especialista necesita para expresar una idea compleja –. Como criterio de claridad no puede establecerse el que en nuestro grupo resulte más o menos fácil de comprender. Lo que el cumplimiento de la gramática asegura – lo que algunos llaman el purismo – es que nuestra exposición reduce el esfuerzo interpretativo no a un intérprete particular sino a cualquier intérprete posible. Ser claros es contribuir a que la comunidad de intérpretes que comparten una lengua en común comprenda el máximo de información con el mínimo esfuerzo. La claridad es la cortesía del filósofo, decía Ortega, parafraseando a Vauvenargue, quien, más expresivamente había dicho: *la clarté est la bonne foi des philosophes*. Si hubiera sido teólogo, en lugar de filósofo, hubiera dicho: la claridad es la caridad del que habla, o algo parecido.

La claridad y, en consecuencia, la corrección gramatical, no se mide por el esfuerzo que supone que me comprenda quien tiene mis propios hábitos o mis propias deformaciones estilísticas. La claridad se mide con relación a todos los que forman parte de la comunidad de lengua. Es un conjunto unificado de normas válidas para todo contexto, situaciones e interlocutores. Estas reglas se infringen, pero no se alteran por el hecho de que cambien las situaciones o los grupos de hablantes. Se trata de que la misma pauta sirva tanto para expresar lo más difícil como lo más fácil, tanto para que se entienda al más inteligente como al más iletrado. El problema se plantea cuando nos empeñamos en creer que, porque somos especialistas en alguna rama del conocimiento, debemos hablar como especialistas en lugar de hablar como personas. El argumento es frecuente y engorroso: "Es que en mi especialidad se dice así". Y la respuesta es: "Mala suerte, dígalo usted de otra manera. Exactamente como nos gustaría oírlo a los demás para poder entenderle del modo más fácil".

A la hora de la verdad, los especialistas *lo dicen así* porque son incapaces de hacerse comprender por quienes no son especialistas. Esta impotencia para hacerse comprender suele ser tanto mayor cuanto menos sabe de su especialidad el especialista. Los grandes maestros escriben como si no fueran especialistas; sólo a los especialistas pequeños se les nota, cuando escriben, lo especialistas que son. Y aquí es donde entra en consideración el especialista informativo, aquel que en realidad no es especialista en determinado tipo de conocimientos, ni tiene por qué serlo, aunque crea que debe serlo y se crea que lo es. Un periodista no necesita ser especialista en nada porque su función

es ser intermediario culto, eficaz y útil entre el público lector y el que verdaderamente sabe de lo que escribe.

El riesgo principal de un informador periodístico es que se crea un especialista o que debe serlo cuando ni lo es ni lo debe ser. El asunto consiste en comprender de qué tiene que informar un periodista cuando informa sobre asuntos cuya comprensión requiere de un conocimiento técnico. Exactamente igual que pasa con el lenguaje pasa con el conocimiento. La norma gramatical del lenguaje es socialmente regulada por la interacción de todos los hablantes. La explicación de por qué las máquinas funcionan como funcionan no depende de la regulación social, porque una máquina funciona de un modo o de otro independientemente de lo que la sociedad decida sobre su funcionamiento. Me explicaré con un ejemplo. Los automóviles funcionan como funcionan, y si se nos avería el nuestro, por muy buenos conductores que seamos, tenemos que acudir a un especialista mecánico para que lo arregle. Y como con los automóviles pasa con todo lo demás, en especial con las bombas de cobalto. Por mucho que los dirigentes de una sociedad decidan que todo el mundo tiene derecho a usar la bomba de cobalto para vigilar la salud, siempre será un especialista que conozca su funcionamiento el que decida sobre cómo y cuándo ha de usarse.

Hay que distinguir entre la explicación de por qué las cosas son como son y no de otra manera, que es el tipo de conocimiento que caracteriza al especialista, y la regulación de los efectos que la incorporación de un artilugio tiene en la sociedad. Por cambiar de tipo de bomba a que me he referido en el ejemplo anterior, no creo que aventure demasiado si considero que son muy pocos los que saben explicar cómo funciona una bomba de hidrógeno. Ni creo que sea muy aventurado si conjeturo que tampoco muchos saben explicar las causas por las que se destruye la capa de ozono. Pero no hay ninguno que no sea capaz de comprender las consecuencias sociales que puede tener una guerra nuclear ni el desastre colectivo que se puede producir si la capa de ozono sigue en su proceso de deterioro. Un periodista nos tiene que ilustrar sobre, principalmente, lo segundo, pero es poco útil que se empeñe en explicarnos lo primero. Conocer la explicación del funcionamiento de un artilugio es el tipo de conocimiento que siempre quedará reservado al especialista, pero comprender las consecuencias sociales que puede tener su aplicación es el tipo de comprensión que está al alcance de todos y que, como ciudadanos que somos del mundo, a todos nos compete comprender. Si los periodistas no tienen clara esta diferencia y si, además de no tenerla, no poseen la suficiente destreza expresiva ni el arte gramatical para realizar claramente su tarea, serán propensos a informar a sus lectores de aquello que a los lectores no les interesa, y a informarlo además con un lenguaje inadecuado que es el que usan los especialistas en su jerga, para comunicarse dentro del grupo de su especialidad. Su inercia, su pasividad, su impericia, su incapacidad para aliviar al lector de su esfuerzo interpretativo, llevará al informador a asimilar los giros y modos expresivos de especialistas que, por su parte, tampoco saben hacerse comprender por quienes no lo son. Cuando esos giros y maneras de escribir se extienden entre los propios periodistas, se generaliza entonces un modo uniforme de redacción periodística que se puede calificar de *estilo típicamente informativo*. Un estilo que procede de la insuficiencia de los especialistas para comunicarse con quienes no lo son y de la asimilación de esa insuficiencia por periodistas a los que también les falta la destreza estilística para transformar los defectos del lenguaje especializado en virtudes comunicativas.

Pondré algunos ejemplos para terminar esta exposición. Hace dos años di una conferencia parecida a ésta en una ocasión similar. Y puse el mismo ejemplo que ahora voy a poner. Me serví de un recorte de un periódico publicado pocos días antes de la conferencia. El texto del informador de un congreso científico, en el que se discutía sobre los problemas relativos al "genoma humano", decía:

"El impacto del genoma no será menor en biología, Para el profesor Giorgio Benadi, del Instituto

Jacques Monod, los recientes trabajos sobre cartografía de los cromosomas humanos y sobre genética evolutiva de vertebrados producirán mapas físicos, que arrojarán luz sobre los reajustes cromosómicos ocurridos en los mamíferos y sobre la secuencia evolutiva de los distintos vertebrados"

O sea que, según el periodista, "el genoma *impactará* en la biología". Lo que querría decir es que los estudios sobre el genoma tendrán especial importancia en biología, supongo. Pero luego iba a más, pues a su juicio el profesor Benadi aseguraba que los trabajos sobre cartografía "producirán mapas físicos", cuando lo que probablemente quería decir es que de las investigaciones sobre los cromosomas se podrán describir de un modo "cartográfico", representándose como "mapas". Pero, ¿cómo un trabajo puede "producir un mapa físico"? Y, más aún ¿cómo esos "mapas físicos arrojarán luz sobre los reajustes cromosómicos ocurridos en los mamíferos y sobre la secuencia evolutiva de los distintos vertebrados"? Ni que fueran bombillas. No; este es el lenguaje de la pseudociencia, de la pseudoespecialización, del enmascaramiento de la propia ignorancia.

Pero terminaré la anécdota. Ocurrió que el autor estaba presente, y no le hizo ninguna gracia el comentario. Incluso trató, usando como ariete al periódico, de que rectificara el comentario. Por ese camino no vamos a ningún lado. Fíjense que, un día antes, el profesor Santiago Grisolia se había referido, precisamente en ese periódico, a este mismo congreso, Pero hablando de lo mismo que el periodista, el profesor Grisolia lo exponía así:

"Como ya es de dominio público, se está empezando ahora el gran proyecto de la Biología al intentar conocer con detalle el genoma humano. Se intenta construir, en principio, un mapa de "todos" los genes del hombre y se espera poder construir, poco después, uno de todo el ácido desoxirribonucleico (ADN). Recuerde el lector que el "genoma" no es, ni más ni menos, que la totalidad del ADN de un organismo".

Este ya es un lenguaje más humano y sencillo, La diferencia entre los estilos es tan patente que no me parece necesario compararlos. Ahora se entiende lo que es un "mapa genético" y para qué puede servir. Parece que los papeles de ambos redactores hubieran cambiado: el periodista se transformó en "hombre invisible", trató de pasar por el especialista que no era, sin comprender que no había necesidad ninguna para esa transmutación. Le bastaba únicamente con mejorar su habilidad expresiva, pero como no era capaz de hacerlo buscó un subterfugio camaleónico: decidió disfrazarse de especialista. El eminente científico adoptó la postura más efectiva de explicar con el lenguaje corriente a los que no sabemos cuál es la función de su trabajo. Explicó y aclaró, y lo hizo sin renunciar a las palabras técnicas, como "ADN", insustituibles. De modo que el periodista se convirtió en un mal especialista, pero el científico hizo de periodista sin problemas. Pero no crean que siempre ocurre así. Hace falta ser un buen periodista o un buen científico para escribir con claridad. Ni los malos periodistas ni los especialistas pequeños lo consiguen. Porque no se trata de otra cosa que de no aparentar ser más sabios de lo que somos, sin tener por ello que renunciar a lo poco que sepamos.